

FRANKENSTEIN DESENCADENADO

BRIAN W. ALDISS



«El tiempo y el espacio se han revolucionado. Ya no se puede ni tan sólo confiar en el ordenamiento de la progresión temporal; quizá mañana será la semana pasada, o el siglo pasado. El Intelecto ha hecho de la Tierra un planeta peligroso para la mente. Somos víctimas de esa maldición que cayó sobre el barón Frankenstein en la novela de Mary Shelley; por intentar dominar demasiado, se ha perdido el control del propio ser humano.»

En un futuro cuasiapocalíptico, en el que la estructura del espacio y del tiempo se está desintegrando, Aldiss recrea la gestión de la novela y la presencia del propio monstruo de Frankenstein.

*A Bob y Kathy Morsberger
que aprecian lo que Mary Shelley inició*

¡Ay, extraviado mortal! ¿Qué relación tienes con huéspedes semejantes? Tiemblo por ti. ¿Por qué no deja de mirarte, y no dejas de mirarlo? Ah, ya descubre el rostro: lleva impresa en la frente la cicatriz del trueno, y en su mirada relumbra la inmortalidad de los infiernos...

BYRON: *Manfred*

Harás al abatido y conquistado de tez pálida, con cejas enarcadas y enmarañadas, y en la piel por encima de las cejas pondrás surcos de dolor; a cada lado de la nariz mostrarás las arrugas que ascienden en arco desde la aleta hasta la comisura del ojo, y mostrarás la dilatación de las ventanas de la nariz que es causa de esos surcos, y los labios los harás entreabiertos, como en aquellos que lloran lamentándose.

LEONARDO DA VINCI: *Tratado de la Pintura*

PRIMERA PARTE

I

Carta de Joseph Bodenland a su esposa, Mina:

20 de agosto de 2020 - Nueva Houston

Mi queridísima Mina:

Confiaré esta carta al bueno y añejo servicio de correos, pues he sabido que la CompC, tanto más compleja y perfecta, ha quedado totalmente desmantelada a raíz de las violentas incursiones de los últimos días. RUPTURA DEL ESPACIO/TIEMPO, ANUNCIAN LOS CIENTÍFICOS, dice esta mañana el titular del *Instantáneo*. ¿Qué no se ha deteriorado? Abriguemos al menos la esperanza de que la crisis llevará a una inmediata conclusión de la guerra; de lo contrario ¡quién sabe dónde estaremos todos dentro de seis meses!

Pero hablemos de cosas más alentadoras. La rutina ha vuelto a nuestro hogar, aunque todos te extrañamos terriblemente (y yo más terriblemente que nadie). Al anochecer, en el silencio de las habitaciones desiertas, oigo el rumor de tus pisadas. Durante el día, en cambio, los nietos ocupan hasta el último rincón. Nurse Gregory es muy cariñosa con ellos.

Estuvieron fascinantes esta mañana, cuando no sospechaban que yo los estaba observando. Una de las ventajas de ser un asesor presidencial destituido: todo el antiguo instrumental de espionaje puedo utilizarlo ahora como diversión. He de confesar que me he convertido, a la vejez,

en un fisgón incorregible; con qué intensa curiosidad observo a los chicos. Se me ocurre que en este mundo demencial, la suya es la única actividad que tiene aún algún significado.

Desde el día que mataron a Molly y Dick, ni Tony ni Poll han vuelto a mencionarlos; acaso el sentimiento de haber perdido a los padres sea en ellos demasiado profundo, aunque los juegos no parecen indicarlo. ¿Quién sabe? ¿Qué adulto puede comprender lo que pasa por la mente de un niño? Esta mañana, me parece, hubo cierto morbo. Pero la inspiradora del juego fue una chiquilla apenas algo mayor. Doreen, que vino a jugar con ellos. Tú no conoces a Doreen. Es de una familia de refugiados, gente muy agradable en lo poco que los he visto, llegados a Houston después de tu partida para Indonesia.

Doreen vino en su ciclomotor —tiene apenas la edad suficiente para manejarlo— y los tres fueron luego al parque de la piscina. Era una hermosa mañana, y todos estaban en traje de baño.

Ahora, hasta la pequeña Poll ha aprendido a nadar. Como tú dijiste, la delfina ha sido una inmensa ayuda, y Poll y Tony la adoran. La llaman *Risueña*.

Los tres nadaron con *Risueña*. Los observé un rato y luego me esforcé por trabajar en mis memorias. Pero me sentía demasiado ansioso y no podía concentrarme; Dean Reede, el Secretario de Estado, vendrá a verme después del mediodía, y la entrevista, sinceramente, no me seduce para nada. Los viejos enemigos son siempre viejos enemigos, aun cuando uno ya no pertenezca al gobierno; y a esta altura de mi vida mostrarme cortés ¡no me causa ya ningún placer!

Cuando volví a mirar a los chicos, estaban sumamente atareados. Se habían trasladado al patio de arena, lo que ellos llaman la Playa. Imagínate la escena: unas malvarrosas altas, en plena floración, ocultan casi del todo el muro de piedra gris que separa los campos de juego de la zona de

la finca. Junto a los cobertizos de los vestuarios hay cante-ros de salvia y los jazmines de la columnata están todos flo-recidos; en el aire perfumado zumban las abejas. Un lugar perfecto para los niños en una época terrible como la nues-tra.

¡Estaban sepultando el ciclomotor de Doreen! Habían llevado las palas y baldes y transportaban arena, levantan-do un montículo sobre la máquina. Parecían absortos en lo que hacían. Ninguno de ellos ordenaba las operaciones. Trabajaban al unísono. Sólo Poll parloteaba como de cos-tumbre.

La máquina quedó al fin enterrada, y entonces los tres desfilaron alrededor solemnemente, para cerciorarse de que hasta la última porción reluciente había quedado bien cubierta. Luego de una brevísima discusión, se alejaron rá-pidamente en distintas direcciones, buscando cosas. Yo ob-servaba los cuerpos gráciles que se multiplicaban en las di-ferentes pantallas, a medida que iba poniendo otras cáma-ras en acción. Era como si el mundo se hubiese poblado de pronto de pequeñas y diligentes criaturas salvajes. ¡Una ilu-sión verdaderamente seductora!

Una y otra vez, volvieron a la tumba, trayendo tallos y ramitas que arrancaban de las acacias; pero más a menudo capullos de flores. Hablaban entre ellos a gritos mientras corrían.

Nurse Gregory tenía la mañana libre, de manera que ju-gaban solos.

Recordarás que las cámaras y los micrófonos se encuen-tran casi todos ocultos en la columnata. No alcanzaba a oír bien lo que los chicos decían a causa del zumbido incesan-te de las abejas (¿cuántos secretos de Estado habrán res-guardado estos mismos insectos?). Pero Doreen hablaba de una Fiesta. Lo que estaban haciendo, insistía, era una Fiesta. Los otros no cuestionaban lo que ella decía. Asen-tían, por el contrario, muy excitados.

—Pondremos montones y montones de flores y entonces será una Fiesta muy, muy grande —le oí decir a Poll.

Renuncié a trabajar y me senté a observarlos. Ya te dije que la suya me parecía la única actividad significativa en este enloquecido mundo en guerra. Y para mí, era inescrutable.

Finalmente, la sepultura quedó por completo cubierta de flores. Habían plantado ramas de acacia en lo más alto del túmulo, tachonado de grandes malvarrosas de color morado, castaño, amarillo, naranja, con capullos escarlatas de salvia aquí y allá, y un ramillete de flores azules cortado por Poll. Para terminar, ordenaron alrededor de la tumba las ramas más pequeñas.

Todo, por supuesto, con la mayor naturalidad del mundo. Parecía hermoso.

Entonces Doreen se arrodilló y se puso a rezar, indicando a nuestros dos solemnes nietos que hicieran lo mismo.

—¡Dios te bendiga, Jesús, en este claro día! —dijo—. ¡Que esta sea una buena Fiesta, en Tu nombre!

Dijo muchas cosas más que no alcancé a oír. Las abejas estaban tratando de polinizar los micrófonos, de veras. Pero sobre todo los niños salmodiaban: «¡Que esta sea una buena Fiesta, en Tu nombre!» Luego bailaron una especie de danza saltarina alrededor de la bonita tumba.

Te extrañará este súbito arranque de cristianismo en nuestra agnóstica familia. Te diré que en un principio lamenté haber reprimido tanto tiempo mis propios sentimientos religiosos, de acuerdo con el racionalismo de nuestra época, y quizá en parte por ti, cuya inocente visión pagana del mundo siempre admiré, y a la que aspiré vanamente. Que yo sepa, Molly y Dick jamás enseñaron a sus hijos una sola plegaria. A lo mejor lo que estos huérfanos necesitaban era precisamente el tradicional consuelo religioso. ¿Qué importa que ese consuelo sea una ilusión? Hasta los científicos dicen ahora que la estructura espacio-tempo-

ral se ha desgarrado, y que la realidad —sea lo que fuere— se está haciendo añicos.

No tenía que preocuparme demasiado. El rito de la Fiesta era fundamentalmente pagano; las fórmulas cristianas meros efectos teatrales. Pues la danza de los chicos entre las flores era, estoy seguro, una exaltación instintiva de su propia salud física. ¡Vueltas y más vueltas alrededor de la tumba! De pronto, la danza concluyó, de manera un tanto intempestiva. Tony se abrió el pantaloncito y le mostró el pene a Doreen. Ella hizo un comentario, sonriendo, y así terminó la cosa. Echaron a correr y se zambulleron de nuevo en la piscina.

Cuando sonó la campana del almuerzo y todos nos reunimos en la galería, Poll insistió en que yo echara una mirada a la tumba.

—¡Abuelito, ven a ver nuestra Fiesta!

Los niños viven en el mito. Bajo el golpe implacable de la escuela, irrumpirá el intelecto —ese feroz depredador, el intelecto— y entonces el mito se marchitará y morirá como las flores brillantes que ahora adornan la misteriosa tumba.

Sin embargo, esta no es la verdad. ¿Acaso no es también un mito la creencia dominante en nuestra época de que una producción y una industrialización siempre crecientes procurarán el máximo de felicidad al mayor número y en todo el mundo? Un mito que suscribe la inmensa mayoría. Pero este es un mito del Intelecto, no un mito del Ser, si se me permite la distinción.

Otra vez estoy filosofando. ¡Una de las razones por las que me echaron del gobierno!

Dean Reede no tardará en llegar. Mi justo merecido, dirán algunos...

Escribe pronto.

Tu siempre amante esposo, Joe.

P.S. Te incluyo un instantáneo del editorial del *Times* de hoy. Pese al tono cauto y mesurado, dice muchas cosas.

II

The Times, 20 de agosto de 2020:

RELACIONES MORTÍFERAS

Los hombres de ciencia occidentales concuerdan en general, aunque no enteramente —pues hasta en el dominio de la ciencia las opiniones rara vez son unánimes—, en que la humanidad enfrenta hoy la crisis más grave de su existencia, una crisis que no tendrá salida, pues es la crisis de la no-salida.

Las crisis cuando son aún una mera amenaza parecen únicas en su género y del todo funestas; retrospectivamente tienden a adoptar un aire de familia. Advertimos que fueron críticas, pero no definitivas. Y esto no es un mero juego de palabras. Lo expresado ayer en San Francisco por el profesor James Ransome pone en sus justos términos las noticias cada vez más alarmantes sobre la inestabilidad de la infraestructura del espacio; justos términos que sonarán particularmente gratos a los oídos de ese público que hasta hace apenas quince días ignoraba la existencia de una llamada infraestructura del espacio, y más aún que la actividad nuclear hubiese podido desequilibrar esa misma infraestructura. El comentario del profesor Ransome en el sentido de que la actual inestabilidad entraña «el colmo absoluto de la polución» debiera recordarnos que el mundo ha sobrevivido, durante más de cincuenta años, a los fantasmas de una polución ominosa.

Hay, empero, fundadas razones para pensar que la crisis actual es en verdad nada menos que única en la historia. Los tres bandos en guerra —las potencias occidentales, las sudamericanas y las del Tercer Mundo— han estado utilizando armas nucleares de calibre cada vez mayor dentro de las órbitas del sistema Tierra-Luna. Nadie ha ganado nada, a menos que se incluya el dudoso beneficio de haber destruido las colonias civiles de la Luna, pero el hecho de que esas armas fueran utilizadas por encima y no por debajo de la estratosfera, trajo un sentimiento general de alivio.

Ese alivio, lo vemos ahora, era prematuro. Estamos aprendiendo una nueva y amarga lección sobre la indivisibilidad de la Naturaleza. Comprendimos, mucho tiempo atrás, que el mar y la tierra eran una unidad inseparable. Ahora —por desgracia demasiado tarde, al decir del profesor Ransome y sus colaboradores— descubrimos una relación hasta hoy inadvertida entre nuestro planeta y la infraestructura del espacio que lo circunda y sostiene. Esa infraestructura ha sido destruida o al menos dañada hasta tal punto que ha empezado a fallar de manera impredecible, y nos toca ahora afrontar las consecuencias. El tiempo y el espacio se han salido de quicio, por así decir. Ya no podemos ni siquiera confiar en el ordenamiento de la progresión temporal; quizá mañana será la semana pasada, o el siglo pasado, o el tiempo de los faraones. El Intelecto ha hecho de la Tierra un planeta peligroso para el intelecto. Somos víctimas de esa maldición que cayó sobre el barón Frankenstein en la novela de Mary Shelley: por pretender dominar demasiado, hemos perdido el dominio de nosotros mismos.

Antes que la locura nos destruya, es imprescindible que la guerra más terrible de la historia, una guerra en gran parte irracional entre distintos tonos de piel, cese inmediatamente. Si la cumbre de la civilización, que la humanidad ha escalado con tan largo esfuerzo, ha de ser evacuada, tengamos al menos el valor de encaminarnos a las tinieblas en

perfecto orden. Acaso entonces comprendamos al fin (y esta frase, «al fin», tiene ahora muy oscuras resonancias) que si la relación entre el espacio, los planetas y el tiempo es más íntima e intrincada de lo que nosotros descuidadamente imaginábamos, quizá lo sea también la relación entre negro, blanco, amarillo, rojo y todos los matices de piel intermedios.

III

Carta de Joseph Bodenland a su esposa, Mina:

22 de agosto de 2020 - Nueva Houston

Mi queridísima Mina:

¿Dónde estuviste ayer, me pregunto? La finca, con todo su cargamento de seres humanos —en cuya categoría incluye a nuestros nietos, esas criaturas sobrenaturales—, pasó todo el día de ayer y gran parte de anteayer en una ignota región del tiempo que quizá era la Europa medieval. Fue nuestra primera experiencia de un deslizamiento de tiempo importante. (¡Con qué facilidad adoptamos la jerga protectora: deslizamiento de tiempo no suena más ominoso que deslizamiento de tierra! Pero tú sabes lo que quiero decir: una falla en la estructura del espacio).

Ahora estamos todos de regreso en El Presente. Esta expresión, «El Presente», será cada vez menos exacta a medida que se repitan los deslizamientos de tiempo. Pero comprenderás que me refiero a la fecha y la hora que el cronómetro-calendario señala con precisión implacable, aquí, en mi estudio. ¿Es una suerte que hayamos regresado? ¿Hubiéramos podido continuar a la deriva, llevados por la marea del tiempo? Una de las cosas más aterradoras de este suceso aterrador es que se lo entienda tan poco y tan mal. Y es posible que en una nada de tiempo —escribí la